

RECENSIONES REVIEWS

CAZALS, N.; GONZÁLEZ URQUIJO, J. y TERRADAS, X. (eds.) (2007): *Frontières naturelles et frontières culturelles dans les Pyrénées Préhistoriques. Fronteras naturales y fronteras culturales en los Pirineos Prehistóricos*. Actas de la reunión celebrada en Tarascon-sur-Ariège en marzo de 2004. Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, 2. Santander: PubliCan-Ediciones de la Universidad de Cantabria. ISBN: 978-84-8102-507-1

La publicación, un tanto retardada, de las actas del coloquio celebrado en Tarascon-sur-Ariège (Ariège, Francia) en marzo de 2004 ha visto recientemente la luz en una edición de las Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria. Dicho coloquio supuso la culminación de un Proyecto Colectivo de Investigación (P.C.R.) coordinado por N. Cazals, que entre los años 1998 y 2002 unió a investigadores franceses y españoles en la investigación de los comportamientos técnicos y económicos de las sociedades del Paleolítico Superior en los Pirineos franceses y la Cornisa Cantábrica.

A partir del encuadre ofrecido por la noción de frontera (e, implícitamente, de territorio y movilidad) como ejes principales del discurso, los trabajos presentados en el coloquio se distribuyen en dos partes; por un lado se encuentran aquellas investigaciones centradas en los recursos disponibles y utilizados en el Paleolítico Superior, y por otro lado, en una segunda parte, aparecen aquellos trabajos que versan sobre aspectos referidos a las industrias líticas u óseas, al arte mobiliario y parietal o a los objetos de adorno-colgantes.

Sin embargo, aunque ésta es la distribución planteada por los editores, existe una gran variabilidad en el segundo grupo de comunicaciones, cuya organización pudiera haberse realizado de otro modo, siguiendo, por ejemplo, el orden cronológico que es habitual en este tipo de publicaciones y que daría una mayor coherencia al conjunto.

Así, encontramos trabajos de síntesis sobre los patrones de movilidad y los territorios en la Región Cantábrica y los Pirineos en el final del Paleolítico y el Mesolítico, como el realizado por X. Terradas, J. González Urquijo y J. J. Ibáñez, o el del Paleolítico Superior a ambos lados de la cadena pirenaica, de P. Utrilla y L. Montes, junto a estudios mucho más concretos como el análisis de las azagayas ahorquilladas a cargo de J. M. Pétilon; o apreciamos grandes saltos en la cronología de estudio; Auriñaciense en el primer artículo, Magdaleniense en la gran mayoría de los trabajos, posteriormente Solutrense, y Auriñaciense de nuevo al finalizar el volumen. No encontramos tampoco un eje claro en la temática de las comunicaciones, puesto que a los estudios líticos sigue el análisis del arte mobiliario y parietal, para continuar posteriormente con los objetos de adorno-colgantes, industria ósea, análisis espaciales, de nuevo industria lítica y para finalizar, arte mobiliario y parietal de nuevo.

A la relativa desorganización en el orden de los trabajos, cabe sumar, como una nota negativa en la edición del volumen, la gran cantidad de errores tanto tipográficos como de legibilidad de las figuras que acompañan a un buen número de comunicaciones, lo cual resulta doblemente perjudicial al tratarse en su mayoría de trabajos en los que los mapas resultan una parte fundamental en la

comprensión del discurso. Resulta chocante que, frente a la gran calidad de los artículos presentados, no se haya correspondido con una edición suficientemente cuidada, lo cual es sin duda de lamentar.

A pesar de que una gran parte de los trabajos merecería un apunte detallado, no nos centraremos más que en reseñar de una manera general algunos aspectos teórico-metodológicos que pueden considerarse comunes a muchos de ellos, sin entrar más que someramente en los debates abiertos para los distintos períodos (Auriñaciense, Solutrense, Magdaleniense).

Tal y como señalan los editores en el balance final del volumen (González Urquijo *et al.*), existen diferentes perspectivas teóricas a la hora de abordar aspectos como la movilidad o el territorio, de modo que los trabajos presentados pueden dividirse en dos propuestas, a pesar de que casi en ningún caso aparecen reconocidas explícitamente: el historicismo cultural, con algunas contribuciones derivadas de la Antropología (Fritz *et al.*; Sauvet *et al.*; Foucher; Utrilla y Montes; Taborin; Pétilion; Arrizabalaga *et al.*) y el materialismo cultural (Terradas *et al.*; Fourment), unido a algunos enfoques “mixtos” como aquellos planteados por los estudios de las cadenas operativas líticas (Cazals y Bracco; Langlais y Mangado).

Sin embargo, existe en la mayoría de los trabajos una serie de premisas que son comúnmente aceptadas y aparecen formuladas de manera repetida. La primera de ellas se refiere a la importancia de la captación de materias primas líticas y de las estrategias de subsistencia en la definición de los territorios en las sociedades paleolíticas, tal y como expresa A. Arrizabalaga en su artículo introductorio. Esta noción, avalada por los estudios sobre petroarqueología y el análisis de los conjuntos faunísticos, puede considerarse como una herencia del materialismo cultural, aunque se trate en realidad de una perspectiva de análisis relativamente reciente, en concreto en el caso del estudio de las materias primas líticas (Tarrío *et al.*; Mangado *et al.*).

Otro aspecto en el que inciden de un modo recurrente los diferentes estudios es en la escasa representatividad de la muestra que poseemos, en los que la ausencia no es un criterio determinante, ya que probablemente sea debida a problemas tafonómicos o derivados de la tradición historiográfica (Fritz *et al.*; Terradas *et al.*; Fourment; Arrizabalaga, entre otros), así como sobre la incertidumbre que proporcionan las fechas de C14, que

imposibilitan el manejo de una cronología lo suficientemente ajustada a lo que precisarían estudios de esta naturaleza (Fritz *et al.*; Arrizabalaga *et al.*).

Como señalan González Urquijo *et al.*, puede constatar en general que la gran mayoría de los trabajos hacen un mayor hincapié en la acumulación de evidencias que en la interpretación de la naturaleza de dichas evidencias, que suele estar limitada a explicaciones difusionistas o a migraciones, herederas del enfoque normativo (Fritz *et al.*; Pétilion; Sauvet *et al.*; Taborin; Arrizabalaga *et al.*) o relacionadas con el cambio climático (Terradas *et al.*). A la hora de interpretar las similitudes presentes en el registro, la difusión de ideas, de materias, de técnicas o de personas son nociones comunes a la práctica totalidad de los trabajos (*cf.* Cazals y Bracco; Fourment; González Urquijo *et al.*). En este sentido, podríamos decir que la interpretación del registro aparece limitada y los razonamientos en muchas ocasiones se restringen a esperar nuevas evidencias que corroboren las analogías presentadas, ya que la naturaleza de las relaciones entre las sociedades paleolíticas sigue siendo una incógnita, a pesar de los numerosos datos que las demuestran.

Otro aspecto que aparece mencionado en varios trabajos es la búsqueda de focos de origen para determinados objetos o ideas, a partir de los cuales se presupone la difusión en función de su mayor o menor densidad de aparición, aplicado fundamentalmente al Magdaleniense pirenaico (Fritz *et al.*; Taborin; Pétilion). Sin embargo, este tipo de razonamientos resulta comprometido, especialmente si tenemos en cuenta los múltiples factores que podrían sesgar el registro arqueológico que conocemos.

La problemática derivada de los estudios que versan sobre movilidad y territorialidad en los diferentes períodos es muy diversa, tal y como puede observarse en los trabajos que aparecen en este volumen. Al margen de un debate teórico y metodológico común a todos ellos, del que hemos apuntado brevemente algunos detalles, existen una serie de aspectos que son particulares a cada etapa cronológica.

Respecto al Auriñaciense, en los últimos años hemos asistido a un relanzamiento del debate sobre la transición Paleolítico Medio-Paleolítico Superior, y sobre las características de la cultura o período auriñaciense. En lo que respecta a la temática que aquí nos ocupa, las relaciones entre los registros del Protoauriñaciense, Auriñaciense O y Auriñaciense antiguo aparecen como uno de los puntos de debate, ya que su interrelación se revela

más compleja a la luz de las nuevas excavaciones de yacimientos de referencia como Labeko koba, Isturitz o Brassempouy (Arrizabalaga *et al.*). Por otro lado, en lo que respecta al arte parietal, tal y como señalan G. Sauvet, C. Fritz y G. Tosello, el descubrimiento y datación de la cueva de Chauvet ha planteado la necesidad de revisar la cronología estilística de A. Leroi-Gourhan. Así, los datos proporcionados por este yacimiento son una base desde la cual replantear la atribución estilística de algunos sitios de la Dordogne o la Gironde, sobre la base de las analogías de forma y estilo. Al mismo tiempo, la existencia de particularidades locales (estatuillas del Jura suabo) complican el panorama de los contactos a lo largo de este período, suficientemente largo, sin embargo, para que hayan existido multitud de modalidades en las relaciones territoriales de los grupos humanos.

Las investigaciones respecto al Solutrense pirenaico y su interrelación con el Solutrense del Périgord y del Cantábrico han sido llevadas a cabo en los últimos años por P. Foucher y C. San Juan, a partir de la revisión de materiales fruto de excavaciones antiguas como la del abrigo de Harpons. Estos trabajos, de los que aquí se presenta una parte, han proporcionado las únicas dataciones disponibles hasta la fecha para este período en el Pirineo, así como estudios sobre las cadenas operativas líticas y ósea y análisis de materias primas líticas. La interrelación de estos datos con aquellos procedentes de las regiones vecinas permite ahondar en las relaciones existentes entre los diversos grupos que las poblaban, ya que pueden atestiguar-se las mismas identidades técnicas (Foucher) y ciertos convencionalismos artísticos (Utrilla y Montes) a ambos lados de la cadena pirenaica.

En lo que respecta al Magdalenense, al que se dedica la gran mayoría de los trabajos, constituye sin duda el período mejor estudiado del Paleolítico pirenaico, probablemente como consecuencia del espléndido registro arqueológico atribuido a este momento en la región. Las relaciones con la Región Cantábrica y algunos yacimientos de la Dordogne han sido señaladas en numerosas ocasiones, destacando los trabajos presentados en este coloquio por las nuevas aportaciones realizadas en este campo. Los enfoques adoptados en el análisis de los restos faunísticos (Costamagno y Mateos) o el estudio de las cadenas operativas (Cazals y Bracco; Langlais y Mangado) ofrecen nuevas perspectivas

que complementan los datos aportados por algunos elementos del registro como el sílex o el arte mobiliario. El estudio de las analogías en el caso de este último, propuesto por C. Fritz, G. Tosello y G. Sauvet, atestigua la existencia de una red de difusión restringida en el Magdalenense Medio a la Región Cantábrica y los Pirineos, y algunos yacimientos de la Dordogne (Laurerie-Basse, La Madeleine), que se amplía hacia el Norte y el Suroeste (región del Ródano) en el Magdalenense Superior, hipótesis formulada asimismo por otros investigadores (Simonnet; Utrilla y Montes).

Hemos realizado un rápido balance sobre un número importante de trabajos que versan sobre la movilidad y la territorialidad de los grupos humanos a lo largo de un periodo muy dilatado de tiempo, utilizando diferentes enfoques teóricos y metodológicos. Sin embargo, podemos concluir que existe una relativa uniformidad en los estudios que versan sobre estas temáticas; una serie de conceptos aparecen recurrentemente en multitud de trabajos, conceptos que deberán ser precisados a medida que el significado de las relaciones y contactos entre las sociedades paleolíticas sea más concreto. Así pues, podemos decir que ya no preocupa simplemente la existencia o no de relaciones, sino definir más propiamente su naturaleza y los términos en los que se produjeron.

El concepto de frontera, que da título a la obra, parece sin embargo constituir una terminología anacrónica, vista su falta de aplicación al Paleolítico del Suroeste de Europa (Cazals y Bracco; Langlais y Mangado; Foucher, Arrizabalaga *et al.*; Sauvet *et al.*). Es más propiamente la ausencia de éstas, al menos en el sentido que pudiéramos darle desde nuestra perspectiva actual, lo que atestiguan los trabajos en curso.

Para concluir, podemos señalar que nos encontramos ante una de las primeras publicaciones que toma como punto de partida el marco de las relaciones supra-regionales en el Paleolítico Superior del Suroeste europeo. Se trata, sin duda, de una de las vías de investigación que más puede aportarnos para ahondar en el conocimiento de las sociedades paleolíticas. El volumen que hemos reseñado constituye en gran medida un punto de partida y un referente en los estudios sobre este tema.

Olivia Rivero Vilá

ROJO GUERRA, M. A.; KUNST, M.; GARRIDO PENA, R.; GARCÍA MARTÍNEZ-DE-LAGRÁN, I. y MORÁN DAUCHEZ, G. (2008): *Paisajes de la memoria: asentamientos del Neolítico antiguo en el Valle de Ambrona (Soria, España)*. Serie Arte y Arqueología 23. Valladolid: Instituto Arqueológico Alemán y Universidad de Valladolid, 607 pp., 230 figs. ISBN: 978-84-8448-457-8.

El trabajo de los autores de este libro en el Valle de Ambrona lleva más de una década rompiendo los esquemas de lo previsible en la Prehistoria reciente del interior peninsular. Los diversos y complementarios fenómenos estudiados se han visto enriquecidos de tal forma que el Plan integral de actuación en esta unidad de estudio puede considerarse una de las actuales puntas de lanza que vienen cuestionando viejos y recientes prejuicios. Ello es consecuencia tanto de la excepcional riqueza del registro arqueológico en el valle como de la intensidad y exhaustividad de su estudio, indudable mérito de los directores del proyecto de investigación. Así, el registro arqueológico ha aumentado en cantidad –más de un centenar de yacimientos reconocidos en prospección; una inusual densidad de túmulos prehistóricos; el ajuar de La Sima, uno de los mejores conjuntos de ofrendas campaniformes del occidente europeo, etc.–, pero también en calidad –gracias al concurso del estudio de los residuos; datos arqueobotánicos y arqueofaunísticos, etc.–. Ésta es la filosofía que vertebró dicha investigación y que queda patente en el trabajo que pasamos a comentar.

El volumen puede desglosarse en dos partes. Se inicia con la memoria de las excavaciones en los asentamientos de La Lámpara y La Revilla del Campo (Capítulo II) y un estudio de sus materiales (Capítulo III) en 190 páginas. El resto del libro se compone de un ensayo sobre el Neolítico antiguo: en el Capítulo IV se examinan las dataciones de radiocarbono obtenidas durante las excavaciones y su problemática, mientras que en el extenso Capítulo V se valoran los resultados del proyecto de investigación en el marco del debate teórico sobre la neolitización a escala europea, peninsular y de la cuenca del Duero. El libro se completa con anexos del mayor interés sobre el análisis traceológico de los útiles líticos, así como estudios carpológicos y de arqueofauna. Todos ellos han resultado fundamentales para demostrar la práctica de una ganadería doméstica, de ovicápridos –especialmente ovejas– sin que falten bóvidos y suidos, ya desde los momentos fundacionales.

Algo más tarde se constata el cultivo y procesado de cereales –huellas de siega de cereal en el utillaje lítico, restos carpológicos carbonizados de trigos vestidos, cebada, adormidera y lino–, que a día de hoy representan los más antiguos testimonios de la agricultura en el interior peninsular.

Los dos yacimientos excavados pertenecen a sendas ocupaciones domésticas del Neolítico antiguo, vigentes durante todo el V milenio AC, y en conjunto ofrecen una información novedosa y muy sustantiva, al mismo nivel de asentamientos ya conocidos con los que comparten no pocos elementos y una polémica sincronía. Nos referimos al sitio alicantino de Mas D'Is (Bernabéu *et al.*, 2003) y el navarro de Los Cascajos (García Gazólaz y Sesma, 2001), que constituyen contrapuntos obligados a lo largo de la obra.

Es de destacar que en el diseño metodológico de estas intervenciones, a través de sucesivas fases de trabajo de campo, reside gran parte de su eficacia: las tareas iniciales implicaron la inspección pedestre intensiva del valle, de la que se derivaron microprospecciones con registros de gran detalle y prospecciones electromagnéticas en aquellos puntos de mayor interés. Se pudo así decidir dónde investigar. La excavación estratigráfica en sondeos, complementada con la apertura de notables extensiones en área –unos 1.300 m² en el Área 4 de La Revilla– permitió reunir el amplio y a la vez minucioso registro presentado en este libro.

Ambos asentamientos se interpretan en el marco de una frecuentación recurrente y discontinua de los mismos sitios, como hábitats parcialmente sedentarios o, en palabras de sus excavadores, según un “seminomadismo cíclico de permanencia plurianual” (p. 347). La Lámpara, ocupación infra-yacente al túmulo de la Peña de la Abuela, se compone de diversas fosas y agujeros de poste, una de ellas un posible silo de cereal –el hoyo 3– y otra –el hoyo 1– amortizada por la inhumación individual de una mujer con un espectacular ajuar cerámico. En La Revilla, junto a tales fosas se constató la presencia de dos recintos circulares: del mayor, con unos 90 m de diámetro, se ha documentado la zona de la entrada, delimitada por doble zanja colmatada con abundantes restos de fauna, mientras que el menor, posiblemente posterior, es de unos 50 m de diámetro y se trazó con una zanja simple y una hilería de postes en su cara interna.

Estos sitios depararon unos llamativos repertorios alfareros que, a pesar de su antigüedad, difieren notablemente de los empleados por los grupos cardiales costeros. En ellos se combinan

las aplicaciones plásticas, impresiones, incisiones, acanalados, boquiques y aguadas de almagra, siguiendo composiciones bien conocidas tanto en el Neolítico Interior, como en el Valle del Ebro, Levante o el sur peninsular.

Del mayor interés son los siguientes aspectos tratados. En el Capítulo IV los autores presentan y discuten la interpretación de una impresionante tanda de dataciones radiocarbónicas obtenidas en ambos asentamientos. Al reflexionar sobre las limitaciones de su empleo, insisten en la necesidad de obtener muestras de vida corta –semillas o restos óseos– para evitar el envejecimiento de varios siglos que añaden las dataciones sobre carbón vegetal –el conocido ‘efecto de la madera vieja’–, así como la pertinencia de tratar ambos tipos de fechas por separado. Las dataciones de La Lámpara y La Revilla sobresalen en el panorama de los inicios del Neolítico peninsular por su número –casi sesenta dataciones–; por su calidad –una parte considerable sobre muestras de vida corta, con desviaciones típicas muy reducidas y que datan contextos bien controlados tafonómicamente, que denominan ‘eventos singulares directos’–; por su inesperada antigüedad, no exenta de polémica –sitúan el inicio de ambas ocupaciones a comienzos del VI milenio AC según muestras de carbón o a mediados de ese milenio según muestras de vida corta– y por constituir series amplias recuperadas en una misma estructura. Es de señalar cómo la obtención de numerosas muestras del relleno de una fosa –once fechas en el hoyo 4 de La Revilla; nueve en el hoyo 9 de La Lámpara– aporta, contra todo pronóstico, fechas comprendidas en largos lapsos de tiempo, algo que sus excavadores explican por la incorporación accidental al mismo de residuos erráticos de madera carbonizada. Ello advierte además de lo inadecuado de datar un hoyo mediante una sola muestra.

En el Capítulo V se trata el concepto de Neolítico, pasando revista a las distintas líneas teóricas desde las que se está trabajando en su estudio, tanto a nivel europeo como en la Península Ibérica. Constituye un apartado muy de agradecer, pues supone una actualización crítica del cada vez más complejo debate sobre el Neolítico. Los autores se decantan de forma explícita por un enfoque materialista y pragmático, con un especial interés en las transformaciones económicas y sociales, que, desde la reflexión teórica y la madurez que aporta la práctica arqueológica, incorpora múltiples elementos de otras tendencias, y en especial de los enfoques posprocesuales británicos.

A través de esta obra el Neolítico del Valle de Ambrona queda caracterizado por su antigüedad, la absoluta falta de indicios de una presencia mesolítica previa, y la constatación desde el primer momento de los rasgos que definen dicho modo de vida. La neolitización de esta unidad de estudio se explica, en consecuencia, a partir de desplazamientos cortos de grupos discretos de inmigrantes escindidos de comunidades residentes en áreas limítrofes, tal vez con problemas sociales o interesados por estas tierras –yermas de poblamiento, de suelos fértiles y abundantes humedales– idóneas para una agricultura primitiva. Se trataría en definitiva de una colonización pionera a pequeña escala, avanzando mediante pequeños saltos –*leapfrog colonization*– o de pídola, a través de los valles fluviales.

Los autores recalcan que esta modalidad reconocida en el Valle de Ambrona, similar al caso navarro de Los Cascajos o al alicantino Valle de Alcoy, sería sólo uno de los posibles procesos de neolitización peninsular –que tipifican como ‘escenario 1’–, ya que se trata de un fenómeno con muy distintos ritmos y peculiaridades en virtud de múltiples aspectos sólo apreciables a escala regional. En otras situaciones ideales se habría asistido a la arribada de grupos neolíticos en territorios con un denso poblamiento mesolítico –caso del Valle del Ebro– o a la interacción entre neolíticos ‘de segunda generación’ –mesolíticos neolitizados– con cazadores-recolectores mesolíticos. En tales situaciones el aprendizaje de las complejas habilidades y conocimientos que comporta el modo de vida neolítico –agricultura, ganadería, alfarería– sería posible mediante el establecimiento de extensas redes de interacción social –especialmente los intercambios exogámicos–.

El extendido y consensuado ‘Modelo Dual’ migracionista (Bernabéu, 2006) implica asumir durante el primer Neolítico, identificado con los grupos cardiales, una rígida frontera lineal tanto geográfica –el Bajo Aragón– como cronológica –ca. 5400-5300 cal AC– para cualquier manifestación neolítica en el interior. El Valle de Ambrona, como hemos visto, rebasa de forma flagrante esas previsiones, y se ha convertido en caballo de batalla en tal controversia. Frente al ‘Modelo Dual’, sus investigadores proponen en esta obra (pp. 333-334) una infiltración multidireccional, irregular y desigual del Neolítico a nivel peninsular, con éxitos y fracasos y multitud de combinaciones posibles de las situaciones ideales enunciadas, que nos parece más adecuada a la compleja realidad que vamos conociendo.

Por último, no queremos dejar pasar en alto la sugerente interpretación ritual en esta obra de dos de las manifestaciones con las que arqueólogos y arqueólogas seguirán obligados a bregar: las fosas y los recintos fosados. La combinación de una minuciosa excavación estratigráfica y un exhaustivo registro tridimensional, junto a un bagaje teórico simbólico y posprocesual, son sus ingredientes básicos. La colmatación deliberada de una parte de los hoyos, efectuada en el curso de las actividades rutinarias, deja así de ser vista como caótica y azarosa: su destino último no sería el de basureros de desechos domésticos, como actualmente tendemos a pensar, sino que muchos de ellos parecen responder a una deposición pautada y muy estructurada, socialmente sancionada y de alto valor simbólico dentro del devenir cotidiano. En efecto, el material incorporado al relleno de los hoyos sólo parcialmente puede explicarse por el azar, pues algunos elementos –trozos de cerámica decorada, útiles o fragmentos de fauna consumida, muelas de molino en piedra, etc.– así como ciertos sedimentos –alternancia de bolsadas cenicientas y tierras limpias– parecen haber sido seleccionados y por tanto depositados de forma voluntaria y consciente. Según algunos investigadores, a los que se unen los autores de este libro, la intención no sería otra que ‘fossilizar’ en el tiempo y el espacio determinados eventos sociales en ese lugar, establecer un vínculo con la memoria de tales acciones. Estaríamos pues ante los ‘paisajes de la memoria’ a que se refiere el título de esta obra, en alusión a los postulados de J. Thomas.

Tal explicación se acomodaría bien al caso de los hoyos 1 y 3 de La Lámpara –con importantes

connotaciones metafóricas por su empleo como silos– y los hoyos 12 y 14 de La Revilla del Campo –con pautas de relleno como la llamativa escasez de restos de fauna, ciertas densidades de cerámicas decoradas o la amortización de un preciado sílex de alta calidad sin haber llegado a usarse–. También la zona excavada en extensión en La Revilla es interpretada en este sentido, como la zona de entrada del recinto mayor, en la cual se celebrarían fiestas comunales que implicaron el consumo de carne y la deposición de alfarería profusamente decorada.

Bibliografía

- BERNABÉU, J. (2006): “Una visión actual sobre el origen y difusión del Neolítico en la Península Ibérica ca. 5600-5000 cal AC”. En GARCÍA PUCHOL, O. y AURA TORTOSA, J. E. (coords.): *El abric de La Falguera (Alcoy, Alicante). 8.000 años de ocupación humana en la cabecera del río Alcoy*. Alcoy: Diputación de Alicante y Ayuntamiento de Alcoy, pp. 189-211.
- BERNABÉU, J.; OROZCO, T.; DÍEZ, A.; GÓMEZ, M. y MOLINA, J. F. (2003): “Mas D’Is (Penáguila, Alicante): Aldeas y recintos monumentales del Neolítico inicial en el valle del Serpis”, *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2), pp. 39-59.
- GARCÍA GAZÓLAZ, J. y SESMA SESMA, J. (2001): “Los Cascajos (Los Arcos, Navarra). Intervenciones 1996-1999”, *Trabajos de Arqueología Navarra*, 15, pp. 299-306.

Antonio Blanco González
ablancoglez@usal.es

ESTRABÓN (2007): *Geografía de Iberia*. Traducción de Javier GÓMEZ ESPELOSÍN; presentaciones, notas y comentarios de Gonzalo CRUZ ANDREOTTI, MARCO V. GARCÍA QUINTELA y Javier GÓMEZ ESPELOSÍN. Madrid: Alianza Editorial, 556 pp.

La publicación de una nueva traducción del libro III de la *Geografía* de Estrabón, esta vez en la colección “El libro de bolsillo” de Alianza editorial, es no sólo deseable sino, casi, esperable en una colección que aspire a poner al alcance del público español en general, no especialista, las obras fundamentales de la literatura griega y latina. Dicho libro, en efecto, es casi la fuente literaria fundamental acerca de la antigua Iberia o Hispania, la primera descripción completa de la Península, de sus accidentes geográficos, de sus gentes, de sus modos de vida, a la vez que un testimonio indispensable para conocer el proceso de la romanización. Es de esta obra de donde procede (¿quién lo diría?) el tópico, auténticamente viejo, de la forma de Hispania como una piel de toro (III, 1,3). Es una obra, como decía Schulten, *nocturna volvenda manu, volvenda diurna*. Es decir, que debe estar en la mesita de noche del historiador para leerla frecuentemente. No es casualidad, precisamente, que la primera de las ediciones modernas, la de Antonio García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Strábon*, se publicara también en una colección popular, la colección Austral de la editorial Espasa Calpe, en 1945. A esta primera edición moderna, y refiriéndonos sólo a las traducciones al castellano, siguió la de Adolf Schulten dentro de la colección de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, Barcelona, 1952, con texto original, traducción y notas y, ya mucho tiempo después, la traducción de María José Meana y Félix Piñero, dentro de la Biblioteca Clásica Gredos, en 1992, con una introducción, traducción y breves notas. Además de las expresadas, existe en castellano una edición de los *prolegómenos* de la geografía estraboniana (libros I y II) con introducción de A. Roig y traducción y abundantísimas notas de I. Granero, que no hemos visto citada, probablemente por no ser concretamente del libro III, a pesar de su indudable interés para el esclarecimiento del concepto estraboniano de la geografía, su metodología y el debate con los geógrafos que le precedieron.

Con respecto a estas ediciones anteriores, la nueva publicación de Gómez Espelosín, Cruz Andreotti y García Quintela significa un esfuerzo muy notable de actualización no sólo de la “lectura”

de Estrabón, sino del conocimiento de su obra y de los abundantes datos geográficos, etnológicos e históricos que suministra la misma. Dentro de las traducciones anteriores, unas, como la de García y Bellido, tenían el inconveniente de la transcripción deliberadamente arcaizante, que era prácticamente una transliteración, de los nombres propios, que hacía que se convirtiera en algo extraño y chocante incluso para el propio especialista, que se encontraba con expresiones como hélmenes o lakedaimonioi por griegos y espartanos, o una solución de compromiso: helenos y lacedemonios, cuando no con ouéttones, lysitanoi o keltíberos, en vez de vetones, lusitanos o celtíberos. Otras traducciones, por el contrario, tenían el hándicap de sacrificar a la fluidez literaria una exactitud histórica que el gran público quizás no eche en falta pero que para el investigador es muy necesaria. La presente edición, por el contrario, no sólo realiza una traducción fluida y exacta tanto desde el punto de vista literario, sino que ofrece también un abundantísimo aparato crítico de notas a pie de página, glosario y estudios introductorios que superan con mucho lo que ofrecían en su momento las muy meritorias obras de García y Bellido o de Schulten. Todos estos complementos hacen efectivo el deseo de sus autores, expuesto en la presentación (p. 12), de que esta publicación se convierta en “una herramienta de trabajo imprescindible para el conocimiento de Iberia hasta el siglo I a.C.”.

El libro consta de una Introducción (pp. 7-13), a la que siguen tres nutridos estudios introductorios. El estudio de J. Gómez Espelosín sobre “Estrabón y su obra” (pp. 15-43) no sólo constituye un acercamiento imprescindible al autor para el lector no especialista, sino que amplía considerablemente las escasas páginas que a este respecto le habían dedicado editores anteriores, recogiendo las conclusiones de contribuciones recientes como las de Potheary, Bowersock y Dueck. En particular, creemos que tienen especial interés las páginas que dedica a la complejidad cultural de Estrabón, un hombre a caballo de dos mundos, el griego y el romano, e interesado en conciliar unos intereses, afectos y creencias que hasta hacía poco había podido resultar contradictorios, en opinión de Espelosín (pp. 21-22). También es interesante el acento puesto sobre el origen minorasiático de Estrabón y la manera en que este hecho ha podido influir en su obra. En cuanto al problema de las fuentes del libro III, un problema de obligado tratamiento en toda edición del geógrafo de Amasia, en vez de convertir a nuestro autor en poco más que un repetidor

de autores anteriores cuya elenco y peso específico se decidían muy a menudo en función de los apriorismos de cada investigador, se incide en el carácter personal del discurso estraboniano y en la originalidad tanto de su método como de su concepción geográfica y etnológica. Este hecho, que otros también hemos reclamado desde otras posiciones (M. Salinas en *Homenaje al prof. Francisco Presedo*. Sevilla, 1994, pp. 203-216), comienza a devolvernos a Estrabón como un autor vivo, que ofrece un interés por sí mismo y no sólo como un mero transmisor de textos ajenos que el tiempo ha ido haciendo desaparecer.

El estudio de G. Cruz Andreotti sobre “Estrabón y la tradición geográfica” (pp. 44-66) plantea de manera muy solvente el desarrollo de la geografía griega como disciplina y el lugar que ocupa Estrabón dentro de ella. Hay una primera etapa, representada por la colonización griega arcaica, en la cual los griegos entran en contacto con otros espacios y otras sociedades, que culmina en la obra de Herodoto. Con Herodoto “cartografía, etnografía e historia se convierten a partir de ahora en variables de un mismo problema: la definición de un espacio histórico” (p. 50). A este inicial planteamiento del problema, el desarrollo de la geografía helenística, que se encuentra con un mundo abruptamente ampliado por las conquistas de Alejandro, y la expansión del imperialismo romano, añaden los dos factores determinantes de la obra estraboniana: por una parte, el triunfo del mapa y de la geografía matemática a partir de Eratóstenes; por otra, la apreciación de los cambios introducidos en las distintas sociedades como consecuencia del dominio romano. Por esta razón, la descripción de un espacio geográfico es, simultáneamente, la descripción de un espacio histórico, en cuanto que dicho espacio no es un solo dato positivo sino que tiene una dimensión diacrónica. Es precisamente en el libro III (Iberia) donde las referencias estrabonianas a la alternancia de barbarie y civilización, como hechos diacrónicos, tienen una mayor importancia y muestran esa esencial interdependencia de geografía, historia y etnología.

M. García Quintela es el autor de otros dos estudios, sobre “Estrabón y la etnografía de Iberia” (pp. 67-112) y sobre “Estrabón y los celtas de Iberia” (pp. 113-139). Obviamente, un estudio general sobre la etnografía en Grecia era necesario complemento de otro sobre la geografía en la tradición griega. Quintela subraya que la etnología antigua era esencialmente una etnología de la alteridad, de

la barbarie. *Barbaroi* eran por definición aquellos que no eran griegos, que no hablaban griego. Lo mismo que la geografía, la etnología griega encuentra su impulso al contacto de los griegos con otras sociedades, pero esa misma denominación de bárbaro hace que la etnología griega gravite sobre el concepto de la barbarie como concepto fundamental. También en el libro III la oposición barbarie/civilización es un factor fundamental en la articulación del discurso. Dentro de dicho libro, los capítulos 3 y 4, con sus excursos etnográficos acerca de “los montañeses” (*hoi oreíoi*), los lusitanos y Celtiberia han atraído especialmente la atención de los historiadores actuales. En gran medida porque Estrabón es una de nuestras principales fuentes para el conocimiento de las sociedades del norte peninsular y, por consiguiente, se ha visto en el centro del debate acerca de las características de dichas sociedades. Este hecho ha provocado un cierto desequilibrio en la apreciación de la obra estraboniana. Parece que lo interesante de ella es lo que nos refiere de estos bárbaros, pero que lo que refiere de los pueblos de la Turdetania o del levante lo es menos, porque son más parecidos a los griegos y romanos y, por tanto, esa parte de su descripción es menos interesante. Esta tendencia que me parece percibir es, paradójicamente, un tanto similar a la del propio Estrabón frente a *los otros* sólo que a la inversa: él renunciaba a dar los nombres de pueblos remotos y mal sonantes que creía que no interesaban a sus lectores; en cambio, a muchos historiadores actuales parece que en Estrabón sólo les interesa ese aspecto. En realidad, el estudio de la etnografía estraboniana sobre las sociedades ibéricas, sobre las cuales ofrece datos mucho más abundantes, está todavía por desarrollar en gran medida a causa, precisamente, de su misma complejidad.

El ensayo sobre los celtas tiene una intencionalidad más polémica, especialmente con respecto a aquellas posiciones, que el autor califica de “celtoescépticas” (¿un neologismo formado a partir de otro neologismo, el de “euroescéptico”?), que recientemente tienen un peso cada vez mayor en la bibliografía sobre este tema. Según Quintela, el uso de Estrabón del término “celtas” para referirse a algunas poblaciones de Iberia es un uso coherente. En primer lugar, porque engloba dicho uso en otro más general, concerniente al conjunto de los celtas conocidos en la Antigüedad. En segundo lugar, porque contempla su ubicación en el territorio peninsular como consecuencia de procesos migratorios (pero el recurso a las migraciones era

un procedimiento usual en la explicación griega del reparto de los pueblos –piénsese, por ejemplo, en el papel explicativo jugado por la migración doria– y podría verse más bien como un elemento hermenéutico de propio Estrabón: cf. M. Salinas en *Kolaios*, 4, *Homenaje a Fernando Gascó*. Sevilla, 1995, pp. 103-124). En tercer lugar, porque las tres zonas identificadas como de poblamiento céltico comparten igualmente otros rasgos que las interrelacionan (p. 138).

El volumen continúa con la traducción del texto estraboniano del libro III (pp. 141-302) y se

completa con un abundantísimo glosario, muy útil debido a las referencias cruzadas (pp. 303-493), 10 mapas y una abundante bibliografía (pp. 507-556). En definitiva, toda esta acumulación de información hace que esta edición de la *Geografía de Iberia*, de Estrabón, vaya mucho más allá de la mera intención inicial divulgativa, y se convierta en una obra excelente de trabajo para el alumno, por ejemplo, de los cursos de licenciatura, y de consulta para el especialista.

Manuel Salinas